



Seix Barral Biblioteca Breve

Gonzalo Contreras

Los asaltantes del cielo





Seix Barral Biblioteca Breve

Gonzalo Contreras
**Los asaltantes
del cielo**

© 2019, Gonzalo Contreras
Derechos exclusivos de edición:
© 2019, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso
Providencia, Santiago de Chile

Inscripción N° 307.651
ISBN: 978-956-994-957-9

Imagen de portada: Jorge Salazar

Primera edición: octubre de 2019

Impreso en Chile por: Salesianos Impresores S.A.

Ninguna parte de esta
publicación, incluido el diseño
de la cubierta, puede ser
reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, ya sea
eléctrico, químico, mecánico,
óptico, de grabación o de
fotocopia, sin permiso previo
del editor.

A Tere Enos

PRIMERA PARTE

Lo bello natural se abre a una percepción ciega e inconsciente.

Byung-Chul Han

Oh oh oh oh ese rag shakesperiano

Tan elegante

tan inteligente

¿Y qué hago yo ahora? ¿Qué voy a hacer?

Saldré así y caminaré por la calle

con el pelo suelto, así. ¿Qué vamos a hacer mañana?

¿Qué haremos de ahora en adelante?

Terminó de decir, y se volvió hacia ella.

—Es fabuloso, ¿no?

—Sí, bonito —dijo ella, con menos entusiasmo del que hubiera querido. Sabía cuán importante era el poema para él.

—Yo creo que es grandioso —replicó él de inmediato y se incorporó más contra el respaldo de la cama.

Ella no había querido decir, “no sé qué mierda dicen esos versos”, eso no habría estado a su altura. Lo que sí había hecho fue el gesto involuntario de acomodarse el pelo junto con terminar de oír el fragmento del poema y tirar las sábanas hasta cubrirle al menos el regazo. De pronto sintió incómoda su desnudez. No le gustaba el poema, nunca le había gustado Eliot, pero eso carecía

poema, nunca le había gustado Eliot, pero eso carecía de importancia si le gustaba a él. Pero de inmediato su pensamiento dio un vuelco. Pensó si no había escogido esos versos porque tal vez se referían a ella, a los dos. ¿Quiso decir entonces Gastón, una vez que las palabras del poema fueron cayendo más hondo dentro de ella: “Sí, amor mío, ¿qué será de nosotros de aquí en adelante? ¿Qué será de ti y de mí?”, pero no lo dijo; porque esas palabras nunca podrían ser pronunciadas entre ellos; entonces él tampoco dijo nada, se limitó a mirarla, complacido, como si los dos hubieran compartido la misma emoción con los versos de Eliot.

Claro que él no había adivinado sus pensamientos, no era tan astuto como para eso, y estaba bien que ignorara casi siempre lo que pensaba; pero adoraba, en cambio, en él, que intuyera lo que había de involuntario en ella, sus timideces sobre todo. Y si la veía tropezar combatiéndolas, que no la asediara cuando ella iniciaba sus habituales repliegues con la imperiosa pregunta que solía hacerle el pobre Beltrán si la veía ensimismada: “¿En que estás pensando?”, lo que dejaba a ese ansioso inquisidor tan a su merced que hubiera querido asesinarlo. No, Gastón no era así. Era, en cierto sentido, indiferente a los movimientos de su espíritu, a sus debilidades. Qué cómodo era aquello. Sin que Gastón lo advirtiera, le sacaba siempre un peso de encima, ese peso que no era otro que el de sí misma.

No hacía tampoco aspavientos con su trabajo, como Beltrán; bueno, tampoco Gastón tenía un trabajo, o si se

podía llamar trabajo a lo que pretendía con ese asunto de *La tierra baldía*, que, saliendo de sus labios, le parecía tan desconcertante. Si se expresara menos atolondradamente, pero se lo achacaba a su juventud, a su pasión; una pasión, a su manera de ver, confusa, y por momentos sentía temor cuando veía cómo se tomaba tan en serio aquello del poema de Eliot. Estas eran cosas que se venía diciendo el último tramo del breve camino que llevaba recorrido con el hombre que estaba frente a ella, apoyado en el respaldo de la cama, y que la contemplaba. La contemplaba como creía sentirlo ese último tiempo, con complacencia. Aquel hombre joven, tan guapo, estaba complacido con la mujer que tenía frente a él. ¿Eso era así? ¿Estaba de veras complacido, o esa complacencia no era más que una derivación de su involuntaria indiferencia? El mal que la aquejaba durante el último tiempo, los seis meses de su regreso a Chile junto a él desde California, era la duda de si podía llegar a gustarle a él como esa mirada complacida la hacía creer, o esa complacencia era debida a que Gastón se sentía a sus anchas con quien tuviera en frente y en el lugar del mundo donde se encontrara.

Miró por la ventana abierta de par en par, por donde entraba un airecillo fresco, en la que se recortaba la mitad del frondoso pimiento de la India cuya copa se mecía levemente, como lo hacía su corazón cuando estaba junto a él. ¿Había sido alguna vez tan feliz como ahora? Nunca antes, de eso estaba segura. Así le había dicho a Bárbara en su último correo, refutando los malos augurios de ella.

Bárbara le había dicho que estaría dispuesta a hacer un viaje relámpago solo para verificarlo con sus propios ojos. Pues lo que verían los ojos de Bárbara sería el brillante debut de una pareja de enamorados. ¿Era eso así? Desde el punto de vista de Cristina Borda, esa hubiera sido la imagen proyectada en la pantalla de esos días.

Por supuesto, no era tan estúpida como para exigirle a Gastón que usara las mismas palabras para describir su estado de cosas; Gastón usaría otras, sin duda menos enfáticas, pero en ningún caso diría lo contrario. Después de todo, ¿qué otra cosa podía decirse de esa pareja desnuda sobre la cama que había hecho el amor hacía apenas un momento? Había comenzado a refrescar, y ella fue a ponerse a su lado en el respaldo de la cama. Ambos tiraron ahora de las sábanas. Una de las hojas del biombo que enfrentaba la cama estaba cubierta por un espejo desde el suelo al borde superior —un capricho de Brenda— y en él se reflejaban ambos contra el horrible respaldo en capitoné de raso granate. Él estaba de perfil ahora, ¡qué hermoso perfil el de él!, puesto que la miraba a ella, y ella se miraba en el espejo solo a cada tanto. Le había dicho en los comienzos que era “linda”, pero hubo demasiado afecto en la manera de decirlo, y él leyó la decepción en su cara y rectificó; le dijo entonces que la encontraba “terriblemente atractiva”, y con convicción, pero sonó como un juramento, como si en ello empeñara su palabra, o se tratara de un descubrimiento que solo él estaba llamado a enunciar. El descubrimiento sería

como un susurro al oído de ella y que no concernía al mundo allá afuera. Ella era *su* descubrimiento. Si se lo pedía, él podría reafirmarlo con la misma decisión en la ocasión que fuese. Aunque debía recordar ahora que sus palabras exactas habían sido otras; lo que dijo aquella vez es que “le resultaba terriblemente atractiva”, pero hacía ya tiempo que había resuelto sopesar tal subjetividad a su favor, aunque sonara como una concesión principesca. La redundancia de esa subjetividad la volvía a ella casi una propiedad suya, y aun cuando no fuera así, era tan excitante que él lo sintiera. Cualquier régimen de sinceridad entre ellos hubiera sido torpe y rompería esos acuerdos silenciosos que los unían con invisibles y finísimos cables. No cabía pensar en nada más, no era sano, ya que al final era todo tan precario.

Esos pensamientos no habrían tenido lugar si ella, Cristina Borda, hija única de Max Borda y Alejandra Souza, se hubiera considerado a sí misma desde siempre una mujer bonita. En el inmenso espejo del mundo, hasta hace poco, ella se había mirado como una mujer poco agraciada, o nada de atractiva, insulsa, y carente de encanto para el gusto general de los hombres. Juzgaba ella que la naturaleza la había puesto, como a muchas otras, por lo demás, en un camino distinto de aquellas muy contadas que provocan el deseo y la codicia entre esa especie de seres burdos y taciturnos que son los hombres. Esa impresión la había arrastrado desde su adolescencia, sin que nada ni nadie lograra disuadirla, ni siquiera las

palabras de Max Borda, quien apelaba, para refutarla, al evidente parecido entre padre e hija. Sus largas piernas flacas de niña la habían atormentado, esas caderas tan lejos del suelo, esas piernas que no podía coordinar como sus compañeras en los esquemas de gimnasia; la cara alargada, algo afilada, las caderas un poco estrechas cuando sus compañeras habían desarrollado precoces redondeces, su tono moreno contra las rubias respingadas de moda, para peor, esa ensortijada mata de pelo negro que no controlaba con nada, la privaron de todas las gratificaciones inmediatas con que se premiaba a una niña bonita de fines de los setenta. Max le decía: “Eres distinta, tienes un tipo, preocúpate de sacarle partido a eso”. Ella no entendía por entonces aquello del “tipo”, y si lo tenía, era la primera en odiar el que le había tocado. Su padre le pedía demasiado, siempre le había pedido cosas superiores a sus fuerzas. Ella miraba a su alrededor pidiendo ayuda. Y claro, no la iba a tener, como no fuera la de Virginia, quien la exhortaba a tenerse bien en pie, a mantener los hombros atrás, y ser fuerte. En algún oculto lugar de su alma sabía que disponía de esas fuerzas. Lo único que había logrado rescatar de aquellos terribles días, de sus tormentosos trece años, era que pertenecía a un tipo humano único, que ella no era de esos seres que a la vuelta de la esquina encontrarán a su semejante. Sí, ahí estaba su fuerza, era una inmensa incógnita, subyacía en su singularidad una fuerza que no sabía cómo emplear, y que, de hacerlo, solo sería ocupada en alguna tarea inmensa, que todavía no se presentaba

y que tal vez no llegara nunca; mientras, en esa espera, cómo había envidiado de jovencita a esas rubias curvilíneas y generosas, de cara llenita y nariz en punta; cómo las había odiado, cuánto se había sentido herida cuando esa Andrea —un hermoso jarroncito esmaltado con una rubia melena alocada, y “caliente”, además, según se decía— se había quedado con un alelado y pelirrojo Roberto Perl, su vecino, el futuro piloto de avión, el único amor verdadero de su adolescencia. Deslumbrado, el tonto de Perl se había casado con la rubia “caliente”, con lo que las rubias y su secreto le llevaban una irremontable ventaja. Pero no fue sino hasta que esa Andrea la trató una vez de “jirafa” en el baño de mujeres de la Alianza Francesa cuando quedó herida de muerte para siempre. Nunca podría olvidarlo. Tal vez fuera por eso, por su físico, que había estudiado Literatura, una carrera lo suficientemente seria, acorde con los únicos sentimientos que creía ella podía suscitar su persona. Toda su aura reflejaba, suponía, un temperamento reflexivo y su intelecto, según había decidido, sería su principal atributo; ese era al menos uno que estaba en sus manos utilizar, ya que si algo de sí sabía, es que estaba sobrada de inteligencia. Una que a veces le pesaba, porque creía que era esa cualidad la que la hacía parecer a veces algo sombría. Porque estaba segura de pensar más que otras mujeres, o más que cualquier otra, no había otra que pensara tanto como ella, se decía, y no había otra que llevara sobre sí tanta lúcida pesadumbre. Había sido esa línea de pensamiento la que la había llevado a ella,

a la reflexiva Cristina Borda, al más irreflexivo acto que pudiera cometer, casarse con Beltrán Jerez. Hoy podía decirse, con una dosis importante de serenidad conquistada, que desde ese momento hacia atrás, retrospectivamente desde su matrimonio hasta su infancia, todo ese orden de pensamientos había seguido una línea equivocada. Pero no quería decirse que el mundo había cambiado en torno a ella; el mundo seguía siendo una cosa horrible, pero sí era el reflejo que ella emitía el que había cambiado. Ella ya no era la que alguna vez fue, era otra. Una otra que parecía estar recién conociendo. Hoy sus piernas largas eran envidiadas por tantas mujeres, y seguro que por sus antaño redondeadas compañeritas del colegio; su silueta espigada, sus caderas apenas pronunciadas, tenían el efecto de resaltar aún más su perfectamente delineada cintura. Incluso, a causa del sexo constante del último tiempo, suponía ella, sus caderas habían ganado algo de volumen. Su rostro alargado, su cabellera negra, sus huesos largos, correspondían en el presente a los rasgos más seriamente demandados según el ideal de un nuevo romanticismo algo melancólico y siniestro. La pasarela en la cual desfilaba esa clase de belleza era en el presente lo suficientemente solicitada. Estaba resuelta a jugársela por entero a su tipo, sin ambivalencias, con sus ganancias y sus pérdidas. ¿Entendía todo eso Gastón Solar? Ella estaba segura que sí, por eso lo amaba; estaba totalmente complacido con ella y había que considerar que él, Gastón, era un hombre de su tiempo y conocía la plusvalía de los cuerpos.

—Entonces —dijo él levantándose de la cama y estirando sus largos brazos a lado y lado— voy a prepararme para esperar a *dad*.

—Dúchate y, por favor —replicó ella con seriedad—, no le digas *dad*, a él no le gustaría.

—No nos está escuchando —respondió él.

—Da lo mismo, a él no le gustaría que alguien, quien sea, le dijera *dad*.

El “quien sea” había sido preciso, y el joven había acusado el golpe. No se le ocurriera ser atrevido con Max. Claro que era uno demasiado leve como para cambiar su humor. Ella había notado que él disfrutaba con que lo pusieran a cada tanto en su lugar, le gustaban esas pequeñas muestras de carácter de ella. Había algo infantil en todo eso, y ella a su vez lo disfrutaba. Si él estaba complacido con ella, estaba más que dispuesta a complacerlo, y una forma de hacerlo era darse esos espacios de juguetona autoridad. Ella llevaba puesta una bata de seda luego de salir de la ducha, bajo la cual estaba totalmente desnuda, de modo que, como no se había preocupado de cerrarla, sus cruzadas piernas cobrizas quedaban totalmente al descubierto. Finalmente se quitó la toalla de la cabeza que había llevado de turbante luego de la ducha y agitó su pelo.

—Si no vas a ducharte, vístete —le dijo ella.

—Ahora mismo —dijo poniéndose unos pantalones que estuvieron tirados al lado de la cama.

—Me voy a poner un vestido —dijo ella pensativa dirigiéndose hacia el clóset y dejando caer la bata.

—Uno ajustado.

—No. Uno gris, ya sé cuál. Mmmm, déjame ver.

—Tu madrastra...

—Mi tía, mi tía; es mi tía, ya te dije...

—Bueno, esa tía que se casó con tu papá...

—Sí, tal cual.

—¿Esa tía tuya te podrá ayudar más adelante con el piso de abajo? ¿Sabe algo de decoración? —dijo él indicando con la mirada a su alrededor—. No me gusta tener que recibirlos aquí arriba.

Ella volvió con el vestido en la mano y lo tiró sobre una silla. Se sentó en la cama, abrió las piernas y dejó caer la cabeza y la cabellera entre ellas. Comenzó a meter sus manos en su pelo, como si fueran grandes rastrillos que hendieran una selva de líquenes. Habló desde debajo de su cabellera, que seguía peinando.

—Por supuesto que sabe de decoración. Podría decorar un palacio si quisiera, pero no creo que quiera decorar casas ajenas. Está recién armando la suya, la primera que ha tenido, por lo demás —dijo todavía sin levantar su cabellera.

Ella sabía que en la planta baja había funcionado una academia de yoga del novio de Brenda. El lugar era como un casco vacío, pero no habían tomado la decisión, al menos ella, de ocuparse de alhajar una casa sobre la que

no llegaba a sentirse todavía concernida. Ahora todo se había precipitado.

—Son las cinco —dijo él mientras ordenaba los muebles del pequeño living que se armaba más allá del biombo, de manera que ella ya no lo veía.

—No estarán aquí antes de las seis —respondió ella—. Le escribí hoy día mismo, pero nunca mira sus correos, o hace como que no los mira, pero los mira igual. Serán puntuales.

Una vez que Max y Virginia cruzaran por esa puerta se cerraría la primera parte de ese viaje que comenzara una noche hace cuatro meses atrás, en aquella fiesta en Sothwell Street con la 21, en San Francisco, en la que nada hacía presagiar que ese sujeto que la había sacado de ahí y poco menos que la había tomado por el pelo para llevársela a Monterrey, ese desconocido, acabaría siendo presentado a su padre y a Virginia en calidad de nuevo *boyfriend* luego de su separación. Qué gran zancada en el espacio y el tiempo la que había dado ella, y todavía no pisaba firme luego de haberla ejecutado. A él, esas cartografías le tenían sin cuidado. Él estaba en el mundo como en casa.

—Brenda siempre recibió a sus invitados aquí, estará bien —dijo él con cierta intranquilidad dirigiéndose hacia la galería lateral que comunicaba con el antejardín.

—Estará bien —dijo ella, nerviosa, mientras se ponía el vestido frente al espejo del biombo.

Gastón miraba hacia el antejardín, inspeccionándolo. Era un pequeño antejardín bien cuidado, y si seguía ella la dirección de su mirada, en ese instante él observaba la entrada de gravilla, las dos palmeras y la hilera de calas, y probablemente la fuente de piedra donde con suerte habría algún pajarillo, algún zorzal abrevando. No era improbable que en ese mismo instante, mientras miraba el jardín, Gastón estuviera considerando las cuestiones económicas de las que se había animado a hablar cuando ya tomaban el vuelo final de regreso desde Los Angeles. Ella sabía que la casa pertenecía a Brenda, que esta padecía un cáncer terminal, que el hombre en la ventana era un bienaventurado hijo único que heredería en un plazo impúdicamente cercano. A Brenda le habían dado un mes cuando emprendieron el regreso y aún estaba con vida, por lo que sabía, y lo que sabía era muy poco. Lo más extraño de todo es que aún no conociera a quien sería, si todo marchaba, una suerte de suegra *post mortem*. Pero era tan embarazoso preguntar nada acerca de esa mujer invisible y que sin embargo estaba en cada uno de los objetos de esa casa. Tanto, que en una ocasión, luego de los Anillos de Saturno, él le dijo:

—Odio esta cama. La voy a tirar, y muy lejos.

—Una cama es una cama. El respaldo sí, es horrible.

—Es horrible que ellos estuvieron aquí.

—Qué bonito —le dijo ella mirando a las vigas del techo—. ¿No se te ocurre otra cosa mejor que decir? Me dan ganas de irme a un hotel esta misma noche. ¿Y quiénes son ellos?

—Ella y “Etiqueta de veneno”, su novio, su amante por años.

—¿Alguien se puede llamar así, “Etiqueta de veneno”?

—Su nombre es Kurt, pero qué importa eso.

Siempre era así, soltaba jirones de información que luego interrumpía bruscamente. Era muy difícil ir más allá y lo que tenía con él eran trozos dispersos sin ninguna secuencia. Podía suponerse que su mente se ordenaba de la misma manera. Antes del regreso, durante la parada invernal en Providence, una tarde en que había salido a pasear solitaria por los bordes del río, lo encontró casualmente en una callejuela vecina. Si pensó primero correr a su encuentro la detuvo antes la contemplación de su silueta. Estaba detenido ante la vitrina de una tienda muy bonita de objetos náuticos en Planet Street, con su casaca Vietnam y su bolso de cuero al hombro. Parecía distraído y a la vez entretenido con algún objeto que capturaba su atención, y en ese mismo instante, pensó ella, su mente se diría vacía, como una habitación en que una brisa apenas agitaba las cortinas; así de confiado se veía, como que su presente fuese eterno y se encontrara en medio de una inmensa llanura. Mientras ella no podía dejar de pensar un minuto, y su mente la remitía a cada momento al cubículo de su alma restringida, por la circunstancia, por el pasado

reciente, por el futuro acechante y la sensación de peligro, sensación que en momentos como ese le provocaba aquel hombre que ahora miraba despreocupadamente a la vitrina y que la había arrastrado hasta esa ciudad desconocida.

No le molestaba que él tuviese el pelo largo y liso, de un castaño tan sedoso, sus ojos verdes con visos dorados, su cuello largo, su mentón hermoso, sus facciones tan regulares, su nariz eso sí más bien pequeña, tan “sin importancia”, hubiera dicho Max, quien había elogiado siempre la nariz de su hija, pero que ella odiaba por encontrarla grande y la que Max en su auxilio calificaba como “interesante”. A veces pensaba ella si ese conjunto de facciones no le restaba virilidad a su enamorado, pero enseguida se refutaba a sí misma considerando que él no tenía la culpa de ser tan bello. Seguramente Max no pensaría así. Repararía inmediatamente en su físico, y en que su adorada Tina había encontrado a un hombre, comparativamente, más bello que su propia hija. No le gustaría para ella, o lo amaría; ambas posibilidades podían darse, pero en ambos casos lo encontraría demasiado guapo para ella. Si de algo estaba segura, es de que Max seguía viéndola como ella —y tal vez otros— se veía a sí misma unos años atrás. Max no estaría enterado de que el mundo había cambiado de parecer respecto de su belleza. ¿Cómo le comunicaría que ella ya no era la misma de antes? Había ya dejado atrás el tiempo de los pensamientos ofuscados, que alcanzaron su máximo vigor, para peor, en su momento de mayor lozanía, entre los veinte y los

veintiocho años, con el remate de su matrimonio funesto, que desató todas las fuerzas naturales que su carácter podía movilizar trayéndola hasta su emocionante presente.

Esta vez haría las cosas con cuidado. Había encontrado un aspecto de ella que desconocía: la gentileza. Debía hacer un esfuerzo, es cierto, el mundo no había dejado de ser áspero y nauseabundo, pero sentía que ahora, junto a Gastón, el lugar que ocupaba en él era más confortable, más ligero. Había alguien que la había descubierto, y ahora podía acometer esa gran tarea que solo llevaría a cabo si se presentaba en su horizonte. Esa tarea era Gastón y la invitación a ser enteramente feliz, como creía ella, no estaba en condiciones de rehusarla. Estos arrebatos de cegadora lucidez la desarmaban por momentos, pero sentía, como fuera, que debía acumularlos. Que la vida podría ser una suma de esos arrebatos. Entonces volvía sobre sí y podía ser que en ese momento él la sorprendiera mirándolo, como si se viera escrutado y devolvía él esa mirada con tal ímpetu, que ella debía bajar los ojos, vacilante, y se preguntaba si tal vez nada de todo eso fuera real y estos nuevos pareceres no fueran más que un engaño finamente urdido entre dos personas con intereses distintos que los habían depuesto solo por una temporada. Pero al instante él recapacitaba, le sonreía con levedad, y la miraba complacido y sus conclusiones volvían a no parecerle apresuradas.

Él se separó de la ventana y se volvió hacia ella; luego de

mirarse la punta de sus pies desnudos y acomodarse el pelo con un ademán rápido de su mano derecha, siguió con su mirada el recorrido de las piernas de ella, que temblaron por un instante. Con solo dos pasos estaba arrodillado a los pies de ella, sentada en la cama. A sus pies, besaba sus largos muslos como siguiendo un camino de hormigas, cosa que él podía hacer sin ningún menoscabo, sino más bien fascinado por sus propias idolatrías, porque el placer que encontraba en ello era su propio placer.

—¡No, no, no, no, ahora no, pueden llegar en cualquier momento! —dijo ella con la voz entrecortada mientras le revolvía el pelo con sus dedos crispados.

Él alzó la cabeza, con un gesto divertido.

—¡Oh, *dad!* —exclamó él—, su adorada niña.

Ante esas palabras, ella echó la cabeza hacia atrás sobresaltada y dejó descansar sus manos en los hombros de él. Eso era lo que siempre debió haber sido, su adorada niña. En algún grado lo había sido. En su presente, en el que estaba resuelta a ser feliz, no quería dejarse llevar por ningún pensamiento sombrío. Lo que no había sido ya no lo sería y los dos estaban ahora llamados a estrenar sus flamantes adulteces. Por lo poco que podía desprenderse de los no muy frecuentes correos de su padre, habría que decir que Max Borda, a sus cincuenta y seis años, había sentado cabeza. Sí, serían dos magníficos debutantes los que, ¿en una hora, o más?, antes del anochecer, como había dicho Max, se mirarían frente a frente.

En seis años no se habían visto, con excepción del viaje relámpago que debió hacer para el funeral de su madre. Pero casi no hablaron entonces; Max estaba destruido y Virginia desgarrada. Cómo lloraba a su hermana. A Max en tanto las palabras no le salían de la boca. En ese momento no estaba en el horizonte que Max y Virginia contrajeran matrimonio; eran solo la desconsolada hermana y el abatido esposo. Pero cuando, dos años más tarde, supo de la discreta boda, desde luego no se sorprendió; era un hecho ineluctable, ellos no iban a escapar a eso. Luego de la muerte de Alejandra en su lujoso sanatorio, era natural que su padre y su tía dejaran de lado la hipocresía de veinte años de un remordimiento furtivo. Ella no conocía los detalles, nunca había querido saberlos y se había negado a interpretar miradas o disputas que escaparan al ámbito familiar. Había sido una niña más despierta de lo que ellos dos quisieran aceptar y llevaba en la pequeña caja de resonancia de su alma el eco de esas voces, como de esos silencios. Virginia desaparecía por temporadas y esos habían sido, tal vez, los momentos de mayor felicidad de Alejandra, si puede llamársele así a las atenciones que Max, en ausencia de su cuñada, le prodigaba a su mujer. Virginia desaparecía de sus vidas como un torbellino y Max se ponía en acción; dispensaba más atención a su mujer, y se buscaba una nueva amante. Eso la niña no lo sabía. Lo supo la mujer adulta cuando visitó a su madre en el sanatorio muy poco tiempo antes de su muerte. En esa vaga confesión entre madre e hija,

Alejandra no mencionó a su adorada hermana como la causante de ninguna de sus desdichas. Eran otras las zorras las que le habían arruinado la vida. Las sospechas de la niña, y luego de la adolescente, habían sido un bien intangible al que por años se negó a ponerle palabras, aunque muy en el fondo de su ser abrigaba una cierta esperanza de que Virginia fuera alguna vez amada por su padre. No habría sabido decir por qué, pero creía que en eso había un cierto sentido de la justicia. Había puesto su oído en el suave fragor que emitían su padre y su tía y había escuchado una voz que le decía y confirmaba que ese amor estaba dotado de existencia. Ansiaba verla, a Virginia. Luego del fallido romance de su madre con el entrenador de Úrsula, de su suicidio por sobredosis en el sanatorio, la valiente Virginia había desaparecido de la primera línea. Era como si se hubiera ocultado bajo la negra ala de Max, y se hubiera resguardado ahí, quieta y silenciosa. Era natural que no quisieran hacer ostentación de su triunfo luego de una batalla que les había puesto tales resistencias, que no podía consumarse sino con la caída de una de las torres de esa ciudadela constantemente asediada, que componían Max, su mujer y su cuñada. Ella había quedado fuera de la ciudadela. Podían haberse olvidado de ella durante la refriega, hacer como que no existía, pero siempre espío por las pequeñas ventanas que tienen aun las más sólidas fortificaciones. Lo había visto todo. Desde niña que lo había visto todo. La que nunca se olvidó de esa muchachita que se empinaba para alcanzar

la ventana fue Virginia, su espléndida tía. Virginia había sido la más tierna protectora en subsidio de su madre enloquecida por el amor que le regateaba Max. ¡Qué consumado egoísta había sido su padre! ¡Insuperable! ¡Cuánto había sufrido Virginia con las otras amantes de Max! La pobre había debido emigrar en busca de otros amores sustitutos que le aseguraran una perfecta e inmaculada soltería. La recompensa de Virginia había llegado recién a sus cuarenta y tres años, apenas tres años atrás. Y, desde entonces, había guardado un modesto silencio. “Sabrás que Max y yo nos hemos casado”, le escribió desde la ciudad de Colonia, en Uruguay, donde habían viajado en una suerte de luna de miel, según entendió ella. Luego de eso, entró en un prolongado silencio. La ofensiva de las relaciones públicas de la pareja la asumió su padre, pero Max no decía, en su escueta correspondencia (odiaba el correo electrónico) más que lo que él quería, y eso era siempre la representación vaga, un ángulo, el más favorable, desde luego, de su estado de cosas. Se expresaba de tal manera que no pudiera ser interrogado más profundamente sobre el punto tratado y que siempre eran hechos consumados. “Virginia ha hecho maravillas en la casa de Puerto Varas”; “Se ha acomodado lo mismo que yo a nuestra bucólica vida agrícola”. Por lo que ella entendía no se trataba más que de la compra de una casa frente al lago, que tenía un pequeño terreno boscoso y que, desde luego, esa vida más bien de rentistas que llevaban no tenía nada de rústica y menos de agrícola. Max era

irrevocablemente un hombre de ciudad, y tal vez sí fuera Virginia la que se sintiera más a gusto viviendo lejos de Santiago, con Max entero para sí, llevando una existencia anónima, lejos de los ojos malévolos del mundo.

Virginia debía también haber sacado sus cuentas. Ella había sido una mujer mundana, de las mejores; no debía serle excitante una vida de provincia, y como mundana que era sabía que no hay cautiverios felices, pero ella había escogido uno de acuerdo a un antiguo y premeditado plan que, una vez ejecutado, implicaba desaparecer ambos del mundo, al menos por un tiempo. ¡Cuánto ansiaba verla! Hacían largos seis años que no estaban verdaderamente juntas y creía que las dos tendrían mil cosas que decirse. Lo que no sabía era qué tanto podrían decirse ella y Max. Si lo pensaba, entre ella y su padre nunca habían hablado gran cosa de nada; nada que fuera importante.

Cristina había medido con grandes zancadas el tamaño de la habitación. Era grande, demasiado grande, como todo lo que venía por delante, había en ello una falla en las proporciones. Tenía techo interior de dos aguas y vigas a la vista, y unas puertas ventana que se abrían a un balcón de madera pintado de blanco que daba al jardín posterior, y a la piscina de aguas más bien verdes, a la vieja usanza, ya que su antigua ocupante no había

tenido la idea de emplear el azul prusia con que ya se pintaban entonces las piscinas. Para conseguir un cuarto de esas dimensiones debieron botarse algunos muros, y en la segunda planta quedó nada más que la gran sala extendida y un baño también de grandes proporciones, donde reinaba una gran tina esmaltada con patas de león y suelo de baldosas blancas y negras. Por lo visto Brenda, su propietaria original, hacía toda su vida en esa amplia sala. La gran cama estaba aislada por un biombo de laca de cuatro hojas que la separaba de un saloncito donde había dos butacas y un sillón tipo *chaise longue*, además de un desmañado sillón de felpa verde. Todo era viejo pero nada modesto en su origen, sino que conformaba un *chic* anticuado que enfrentó mal el paso del tiempo, como esas pesadas cortinas de raso en tonos oro que iban del techo al suelo de tablas de madera. Cuando llegara el momento ella haría cambios ahí; sí, habría cambios.

A eso de las nueve de la noche se oyó el ruido del motor de un automóvil que se detenía a los pies de la ventana del antejardín. Era Max Borda y su nueva esposa, según pudo ver Gastón una vez que se asomó al corredor de ese lado. “Son ellos”, dijo. Cristina se puso de pie de un salto. Se alisó el vestido y con las dos manos se arregló el pelo. ¿Cómo se veía? Fue ella también hasta el corredor. Por la ventana entraron las voces de abajo, la voz más sonora de Max diciendo algo acerca del jardín.

Virginia recorría con curiosidad la fachada de la casa, l con la mirada levantada hacia lo alto.

—¿Estarán?

—La luz está encendida arriba—dijo Max muy nítidamente para los que esperaban al interior.

En el segundo piso, la otra pareja se miraba alternativamente el uno al otro y a la caja de la escalera por donde deberían aparecer. Las voces de los visitantes se siguieron mezclando mientras se acercaban por el camino de gravilla hacia la puerta interior de la casa, hasta que desaparecieron bajo el techito del porche. De pronto, advirtiendo que no podía no bajar a recibirlos, Cristina corrió escaleras abajo y fue inevitable que se encontrara con Max a boca de jarro al pie de la escalera cuando este luchaba con un interruptor para prender la luz en la oscuridad de ese primer piso. Ya se había tomado la libertad de empujar la puerta entreabierta una vez que nadie los fue a esperar abajo, de manera que, más que una recepción, fue como si la sorprendiera huyendo del lugar, o el cuerpo de Max le saliera al camino obstruyéndole el paso.

—¡Papá! ¡Virginia! ¡No se ve nada! Prendamos esta luz. Suban, suban, por favor, que no se está bien aquí abajo —dijo todo esto atolondradamente, agitando las manos, y girándose, hizo ahora el camino de vuelta escaleras arriba, sin siquiera detenerse a descifrar un agrio balbuceo de Max ante tan rara recepción.

Arriba se detuvo en seco y miró a Gastón, que la observaba perplejo, de brazos cruzados, y se preguntó si no había sido un error convocar tan pronto a esa cita. Parecía apresurado, ya que no sentía en ese momento ninguna

de las investiduras propias de la anfitriona de esa casa, ante la que aún no vencía su extrañeza. En ese instante no se sentía con fuerzas para continuar la secuencia, mas sí sentía los pasos de Max y Virginia subiendo la escalera y a Gastón con cara de armarse de paciencia.

—Sé amable, por favor— le susurró en su cara.

Él le sonrió.

—Por supuesto, amor.

Si lanzaba el rayo de su pensamiento en medio de la confusión, concluía como un relámpago que ella era la parte más débil del elenco para llevarla a su fin. Sentía que de ahí no saldría indemne.

De pronto, apareció su padre ante ella, y algo más atrás y a mitad superpuesta por el hombro de Max, Virginia. Cristina no había visto hasta ahora a su tía Virginia convertida en madrastra y pensó esos últimos días cómo la miraría una vez que la tuviera ante sí, pero al verla no sintió nada.

—¿Viste un fantasma que andas corriendo como una loca? —dijo Max estirándose una manga con la otra mano, como haría un viajero que ha llegado a puerto.

—¡Papá! ¡Él es Gastón; Gastón, él es Max! —dijo atropelladamamente moviendo su brazo muy extendido y rígido entre las figuras de uno y otro—. ¡Y ella es Virginia! ¡Mi tía! Virginia, él es Gastón —decía, ya perdido todo control.

Mientras, luego de mirarse por un segundo, Max Borda y el joven estrechaban sus manos amablemente; aunque

no podía mirar los ojos con que su padre observaba a su novio, había percibido el momento por el rabillo del ojo junto con arrojarse a los brazos de Virginia, y se sintió algo más serena a la vez que recibía el abrazo cerrado de su tía.

—¡Ay, Tina preciosa! —decía Virginia estrechando a su sobrina. El largo abrazo de la madrastra tía fue sincero, y contenía el alivio de sentir que el otro era un cuerpo con existencia real. Los cuerpos se habían encontrado y no hubo ni frío ni calor, debían ser naturales, cuanto fuera posible. Max detestaba la extroversión y las demostraciones excesivas de los sentimientos; cómo lo sabía ella, y la mirada que le dirigió Max antes de estrecharla él ahora con sus brazos fue comprensiva primero y un detente después, con el que le rogaba por el amor de Dios que se serenara, que estuviera a la altura de las circunstancias, que más tarde hablarían con calma. Era evidente que Max no quería en ese momento cargar más de la cuenta los hombros de Tina, o no sin antes haber ordenado en algo las ideas acerca del primer vistazo al nuevo novio de su hija. Cuando se deshizo del abrazo de su padre, Gastón y Virginia ya habían rozado mutuamente sus mejillas. Virginia le había sonreído al joven con cuidada benevolencia.

El corazón de Cristina todavía daba saltos mientras su padre acercaba una butaca para Virginia. Esta no tomó asiento de inmediato, esperaba a que los demás lo hicieran. En qué magnífica mujer se había convertido Virginia. A sus cuarenta y tres años era una mujer espléndida. Tal vez

el tinte de su pelo, algo más rojo, mostraba algún cambio perceptible a primera vista, pero su porte, esos hombros hermosos, sus ojos grises, esa sonrisa con una pizca de ironía, pero a la vez comprensiva, le daban ese aire sereno y dueño de sí que Cristina siempre había admirado. Cómo sabía desplazar su cuerpo, el movimiento lento de sus extremidades, como si acomodara su ser muy de a poco al espacio circundante, era algo en Virginia que infundía calma en el lugar donde se encontraba. Virginia había sido un hermoso y frondoso árbol al cual arrimarse, uno de fuertes raíces, y también múltiples nudos. Virginia había sobrevivido a todo. ¿Por qué no también ella? La sola presencia de Virginia la llenó de fortaleza. En cuanto a Max, se mantenía alerta y esperaba el próximo paso de Virginia. La miraba de tanto en tanto como queriendo indagar si se estaba comportando como ella se lo había pedido. Esos seis años entre el presente y la visita del padre a la hija en San Francisco no habían transcurrido en vano para Max Borda. Tenía el pelo más gris, estaba quizás más delgado, pero no había perdido esa mirada nerviosa y alerta de un hombre habituado, o fascinado, con las situaciones nuevas. Era como si detrás de sus ojos hubiera otros ojos que miraban por una segunda vez. Si bien había envejecido, el golpe súbito de años que sobreviene después del medio siglo ya se había estabilizado y el conjunto de su cuerpo conservaba la tonicidad; estaba claro que seguía siendo un buen nadador. Ese semblante de ave al acecho no lo había abandonado y era el mejor signo

de que disponía aún de muchas de sus fuerzas y estaba decidido a utilizarlas. Las estaba utilizando. Observaba con detención y cierto disimulo al novio de su hija, o lo que sea que ese sujeto fuese, pero este, el observado, no alcanzaba a darse cuenta del escrutinio al que era sometido porque estaba como en vilo, su mirada dirigida a la nada, a la noche que se recortaba en la ventana, o algo situado más arriba de la línea del horizonte, esperando solamente que todo acabara.

En la escueta correspondencia que intercambiaban, la mínima necesaria, a los tres meses luego de su separación con Beltrán, Cristina comenzó a mencionar a un “Gastón” en sus correos electrónicos. Eso fue en el mes de noviembre, en que Cristina se saltó toda explicación y notificó un hecho consumado: “Creo que este verano nos iremos con Gastón a Providence, es una ciudad muy bonita que siempre he querido conocer, tú sabes...”. Max no había hecho acuse de recibo del nuevo nombre introducido sin ningún preámbulo en la vida de su hija, y cuando lo hizo fue también *in media res*, subiéndose a la historia ya en marcha. “Me alegro, no olviden de visitar...”, y así había continuado. La ausencia de todo comentario indicaba muchas cosas, todas cosas que Max quería provocar. Que sonreía para sí ante la audacia de su hija, que se felicitaba por que se encontrara tan activa luego de su divorcio, pero no iba a mostrarse exultante, por mucho que él hubiera deseado ese divorcio como el que más; que, en adelante, él no tenía nada que averiguar

ni comentar de la vida de su hija, o bien, que no valía la pena intervenir en sus asuntos, que su vida, la de Cristina, comenzaba a animarse, pero que no había tampoco razón para aplaudir más de la cuenta algo tan cotidiano como hacerse de un nuevo romance; no la subestimaba tanto.

Cristina se había salido con la suya y la jugada de ahorrarse en su correspondencia los prolegómenos había sido eficiente, si bien hubiera querido gozar del factor sorpresa y causar mayor impresión en su padre, ahora que los tenía a cada uno frente a frente, observándose. Después de todo, ¿no era un hombre muy apuesto y muy bello el que tenía Max ante sus ojos? Eso de seguro que no se lo esperaba; no se lo esperaba de su hija.

Max, en cambio, lo mismo que en los correos, continuaba fingiendo ahora de cuerpo presente la misma naturalidad, o bien no era fingida y se trataba de una tácita e inmediata aprobación. Era aún temprano para decirlo. El rostro de Max revelaba, cuando miraba al muchacho, que necesitaba de más antecedentes, y aunque ya los estaba recogiendo de primera impresión, faltaba mucho de él por saber. Pero si la interesada no había entrado en mayores detalles acerca de la identidad del joven debutante, es que ella misma no sabía mucho más.

Ya era el momento de que Gastón hiciera algo, de que moviera una silla, de que fuera por la botella de vino blanco que se estaba helando, de que hiciera algún gesto, y Max fue en su ayuda.

—Bonita casa—dijo Max echando una amplia mirada a su alrededor.

Gastón se entretenía enchufando una lámpara que había posado sobre una mesita, por lo que se encontraba acucillado. Había sido la mejor excusa para que Gastón se pusiera en movimiento.

—¿Cómo llamaríamos a este estilo? ¿Militar austro-húngaro? ¿Montañés moldavo?

Cristina lo miró seria. Virginia en cambio se sonrió. Sabía que no hablaba en serio. El joven terminó de erigirse, cuando escuchó esas palabras.

—Quiero decir —continuó Max— que los arquitectos de esa época, los cuarenta o cincuenta, todos extranjeros, los Smith, los Joannon, los Searle, diseñaban pensando en las casas de las comarcas de sus abuelos, lo que explica este guirigay de estilos que hay por este lado de Providencia. No había más tendencia que esa —dijo Max, imperturbable.

—La única tendencia era el ascenso social de unas clases dominantes inseguras socialmente —dijo el joven Gastón Solar yendo a sentarse contra el alféizar de la ventana de medio punto que había junto al balcón.

Virginia había observado cómo se había desplazado el muchacho; cuando le tocó moverse lo hizo con gracia y aplomo, todo el que había perdido a la hora de las presentaciones.

—Sí, de acuerdo, y puede ser que no sacaran mucho en limpio en el intento, a juzgar por mucha de su

descendencia, pero no han dejado un mal recuerdo de eso, como algunas casas bonitas, por ejemplo —dijo Max con el aire de abandonar esa línea de conversación.

Virginia había tomado asiento en el más eminente de los muebles que ahí había, un viejo y gastado sillón de terciopelo verde, y Max hizo lo propio, como un gesto de modestia, en la butaca sobrante, ya que la otra la había ocupado su hija. A simple vista a Gastón no le hubiera quedado más que ocupar la *chaise longue*, que tenía un origen ciertamente femenino, y que resultaba demasiado teatral para ser ocupada por un actor secundario, por lo que no le quedó más remedio que permanecer en el marco de la ventana. Desde ahí quedaba a buena distancia de todos como para no ser necesariamente requerido, con lo que marcaba también un acto soberano. Max pareció apreciar ese gesto de su muy joven y posible yerno; de hecho, a simple vista, se veía que él era el más joven de todo el elenco.

Cristina era dos años mayor que su joven amante. Algo en su largo pelo fino y liso, en su ojos color gris verde algo rasgados, en sus largas pestañas soñadoras, en la línea de sus labios, revelaban una cierta procacidad, esa gota obscena de cierta adolescencia, que en el caso del joven Solar debía corresponder a una genética fuerte con que la naturaleza lo había provisto. Porque el chico, contra todo lo que él pretendiera de sí mismo, tenía para Max un aire final inocente. Cristina, en cambio, a sus casi treinta años, ya la habían abandonado todos los restos de

inocencia hacía mucho ya, y se dibujaban en su rostro las líneas fuertes, como las de casi toda persona de óvalo alargado, y que pueden comunicar cierta dureza. Pero tampoco parecía que este atributo físico, en su caso, se correspondiera necesariamente con la misma disposición de la personalidad. De modo que una y otro parecían encontrarse en momentos distintos de la juventud, y aunque los separaran apenas dos años, él se veía en extremo joven, y de ella podía decirse que se trataba de una mujer que había alcanzado el cenit de su primera juventud, aunque tuviera todavía un indescifrable aire inexperto, debido tal vez al registro limitado de la vida llevada hasta entonces.

Max prendió un cigarrillo, echó el humo hacia lo alto y dijo:

—Imagino que no tienen whisky, y en previsión trajimos el nuestro y no les importará si tomamos uno —dijo Max sin esperar respuesta.

En ese mismo momento, Virginia extraía una botella de Cutty Sark de una inmensa cartera que había dejado a los pies del sillón que ocupaba. Muy compuestamente, la puso sobre la horrible mesita de centro.

—Tendrán hielo ¿no? —dijo Max.

Solar se llevó las dos manos a la cabeza.

—¡No tenemos! —exclamó—, pero puedo ir al supermercado, está aquí al lado.

—No, no —dijo Max—, no soporto ese hielo de fábrica, deja unos gusanitos blancos en el whisky.

El joven se quedó más perplejo que ante las otras alocuciones del padre de Cristina.

Esta entendió que su padre no se había tomado bien la respuesta anterior que le había asestado Gastón y que Max comenzaba a extender las alas de su dominio. Por lo tanto, Max se disponía a sacar al prometido de sus casillas. Lo habría hecho, y cómo, con el pobre Beltrán Jerez. Su estimado ayudante funcionaba muy bien en la cátedra, pero cosa muy distinta era pretender a su hija. Esas perfidias irían en aumento. En su último encuentro en Berkeley había sido lo suficientemente elocuente al deplorar el carácter de Beltrán, para entonces en sus nuevos roles de doctorando y marido. Lo había encontrado torpe socialmente, tenso y aburrido, uno de esos tipos que se toman demasiado en serio justo cuando Max se encontraba en el apogeo de su escepticismo. Cómo había resentido todo eso la pobre Cristina. Pero la mirada ácida de Max no se debía solamente a las cuestiones de carácter de su yerno, sino a una suerte de venganza por la traición que se había cometido con él, al ignorar este durante demasiado tiempo que su hija mantenía un romance secreto con su aturdido aprendiz. Es cierto que entonces Cristina y Beltrán eran dos seres tímidos, atormentados a su manera, y que merecían el especial anonimato de dos avejillas confundidas. De haberlo sabido, en ningún caso Max hubiera permitido progresar ese noviazgo; eso lo sabían ellos, en cuyo caso era legítimo que se hubieran protegido en el secreto. Como el padre creía a su hija incapaz de toda malicia,

porque según ella, la subestimaba, la audacia de la traición lo había golpeado doblemente. ¿Lo había hecho ella con el fin de atormentar a su padre aun a costa de su propia existencia? Era algo que Cristina no descartaba del todo. ¿No había Max mantenido en secreto, por larguísimos años, un romance con su propia cuñada? ¿No estaba ella autorizada también a las emociones de la clandestinidad? ¿Era ese un pequeño triunfo? El resultado de tamaña operación careció de intensidad; por el contrario, había sido frugal y tedioso, la única intensidad conseguida fue la de su odio final hacia aquel hombre reconcentrado y pusilánime, como no fuera en cuestiones referidas a la ciencia. Pero ella no estaba para compartir las emociones cósmicas de la teoría de cuerdas. Ella era finalmente una mujer como cualquier otra, con los mismos deseos, con la misma necesidad de todas de ser amada. Ella era hermosa a su manera, y había encontrado un hombre que por fin veía eso; había sido por fin descubierta.

Llevaba Cristina esa noche un vestido gris perla, ceñido, hasta más arriba de la rodilla, con los brazos descubiertos y un escote redondo pronunciado. ¿Sería Max capaz de ver ese detalle, esa coquetería?

—Precioso tu vestido, Tina —le dijo Virginia luego de servir un whisky sin hielo para ella y para Max. Sirvió una medida algo más larga del corto seco habitual, y la acción sugirió que era una pareja con una afición relativamente profesional con el alcohol.

—Un whisky ligero como este Cutty Sark se toma muy bien sin hielo —dijo Max tomando su vaso.

—Es saldo de pasarela, te darás cuenta, es Ralph Lauren, lo compré en Los Angeles, a mitad de precio, es lindo, ¿no? ¿No es muy deportivo? —respondió Cristina al comentario de Virginia.

—Para nada, te queda regio —respondió Virginia sin desatender el diálogo entre los hombres.

—Yo no tomo tragos fuertes —dijo Gastón con una sonrisa vaga—, solo vino, y blanco si es posible. Somos muy pocos los que tomamos blanco.

—Es muy lindo, casi te iba a decir si era Chanel, te queda divino. Estás muy linda, mi amor —dijo Virginia a la carga.

Estaba claro que Virginia le estaba subiendo el precio a su sobrina frente a ese desconocido, así como también lo estaba que los dos hombres habían eludido el tema y comenzaba un conato de conversación supuestamente varonil entre ellos. Pero Max no era de conversaciones varoniles, no era su estilo. Cristina no dejaba de vigilar esos pequeños progresos entre los dos hombres, mientras Virginia intentaba a su modo poner otro orden.

—Me encanta el pelo suelto como lo llevas, con más cuerpo. Debieras siempre dejarte el ondulado natural.

—Sí, no más moños ni nada por el estilo, pero el aire de Santiago me lo seca, ¿ves? —le dijo mostrándole las puntas.

—¿Sabes tú cuál es el mejor blanco que producimos? Si tomas blanco deberías saberlo —le dijo Max con una voz bastante rotunda a su posible yerno.

El muchacho acogió la pregunta con cierto pasmo en un principio. Y luego respondió.

—Para mí este, no sé cuál será el tuyo —respondió el joven.

Ahora el pasmado fue Max. El pretendiente había respondido con aplomo y usado sin ambages el “tú”, cosa que era natural, pero que tal vez Max no esperaba oír con tanta desenvoltura. Cristina sintió un alivio inmenso al escuchar esas palabras y sobre todo el tono usado por Gastón. Había sonado resuelto y había parado una de las embestidas de Max. Este guardó silencio por un segundo.

—Déjame probarlo —dijo Max. Tomó la copa, dio un sorbo y lo paladeó—. ¿No es un poco frutoso? Ahora, sé que entre los jóvenes están de moda los vinos frutosos. Es la última moda —dijo Max recalcando esta última palabra.

—¿Sí? No lo sabía —respondió Gastón sin alcanzar a parecer descortés—. A mí me gusta así —terminó de decir con simpleza.

—Tú estás estupenda —estaba diciendo Cristina a su tía, al tiempo que oía la respuesta de su... ¿novio?, ¿prometido?

Nada de eso. No se habían prometido nada ni estaban de novios. Él no le había hecho ninguna promesa, y probablemente nunca la hiciera. Solo había sido un romance

violento, desde que se conocieron en San Francisco. Violento por la rapidez en la partida, por los fueros que muy pronto reclamó Eros, por el hallazgo de no encontrar inhibiciones en el camino, al punto de sentir ella si no se habían corrompido en las agonías del placer. Ver desfallecer sobre sí a su hermoso animal era el máximo del placer que una mujer pudiese conseguir. Qué victoria. La práctica de los Anillos de Saturno, porque eso era, una práctica que su cuerpo era capaz de poner en movimiento, la sacudía por entero, pero sobre todo su alma, a la mañana siguiente, cuando se encontraba sola, y todo estaba en paz, y comprendía, apenas en medio de sus luminosas tinieblas, que estaba investida de algún poder. El biombo de laca china con sus guerreros flamígeros, al que Max daba la espalda, era el contrafuerte que los parapetaba del mundo en el ritual de cada noche. Max le había dado la espalda deliberadamente a ese ala de la estancia, la que el biombo ocultaba. Lo que ahí ocurría no se parecía en nada a lo que había conocido hasta ahora; era una práctica distinta, era una disciplina corporal, desgajada del amor, más sublime que el amor, unos peldaños más arriba, donde no llegaba el oxígeno que respiraba el común de las gentes; era el pico de una montaña muy elevada a la que solo ascendían ejemplares pareados como Gastón y ella, que alcanzaban su máxima equivalencia en el tráfago de la cópula. Solo que de esa montaña se descendía. Y no había mucho que decir, salvo la soledad de la mañana siguiente. Ellos hablaban tan poco de ellos mismos.